

DAVID GRAEBER

AUTOR DEL *BEST SELLER* INTERNACIONAL EN DEUDA

TRABAJOS



DE
MIERDA

UNA TEORÍA

«Una obra que explora de manera brillante el deseo de libertad y la sutil distinción entre poder y sometimiento. El mejor libro de no ficción que leerás este año, pero no se lo digas a tu jefe.»

The Globe and Mail

Ariel

www.elboomeran.com/

David Graeber

Trabajos de mierda

Una teoría

Traducción de Iván Barbeitos García

Ariel

Título original: *Bullshit Jobs*

Primera edición: octubre de 2018

© 2018, David Graeber

© 2018, Iván Barbeitos García, por la traducción

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:
© 2018: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2899-7
Depósito legal: B. 18.709-2018

Impreso en España por Romanyà-Valls

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

<i>Prefacio:</i> Sobre el fenómeno de los trabajos de mierda	11
1. ¿Qué es un trabajo de mierda?	27
2. ¿Qué tipos de trabajos de mierda hay?	59
3. ¿Por qué los que tienen trabajos de mierda suelen estar descontentos?	107
4. ¿Cómo es tener un trabajo de mierda?	147
5. ¿Por qué proliferan los trabajos de mierda?	199
6. ¿Por qué no protestamos como sociedad ante el crecimiento de los empleos inútiles?	257
7. ¿Cuáles son los efectos políticos de los trabajos de mierda, y qué se puede hacer al respecto?	323
<i>Agradecimientos</i>	375
<i>Notas</i>	377
<i>Bibliografía</i>	423

1

¿Qué es un trabajo de mierda?

Empecemos por lo que podría considerarse un ejemplo paradigmático de un trabajo de mierda.

Kurt trabaja como subcontratista para el ejército de Alemania. Bueno, en realidad está contratado por un subcontratista de un subcontratista de un subcontratista del ejército de Alemania. He aquí cómo describe su trabajo:

El ejército alemán tiene un subcontratista que le hace todo el trabajo relacionado con tecnologías de la información (IT, por sus siglas en inglés).

La empresa de IT tiene un subcontratista que le lleva la logística.

La empresa de logística tiene un subcontratista que se encarga de la gestión de su personal, y yo trabajo para esta compañía.

Supongamos que el soldado A se traslada a un despacho que está dos puertas más allá del que tenía. En vez de limitarse a llevar él mismo su ordenador, tiene que rellenar un formulario.

El subcontratista de IT recibe el formulario, sus empleados lo leen y lo aprueban, y lo transmiten a la empresa de logística.

Esta empresa tiene entonces que aprobar el traslado del ordenador y solicitar personal para ello.

Los empleados de mi empresa hacen su trabajo, sea cual sea este, y ahí es donde entro yo.

Recibo un correo electrónico que dice: «Preséntese en el barracón B a la hora C». Normalmente, los barracones están a una distancia de entre 100 y 500 kilómetros de mi casa, por lo que tengo que alquilar un coche y conducir hasta donde me digan. Una vez

allí, llamo a la central para comunicar que he llegado, relleno un formulario, desenchufo todos los cables del ordenador, lo meto en una caja, la cierro, un empleado de la empresa de logística la lleva al nuevo despacho, abro la caja, instalo el ordenador, vuelvo a llamar a la central para decirles cuanto tiempo me ha llevado, obtengo un par de firmas, conduzco de vuelta a casa con el coche alquilado, envío a la central todo el papeleo, y en ese momento dan la orden de pagarme por el trabajo.

Por tanto, en vez de que el propio soldado desplace su ordenador unos cinco metros, dos personas tienen que conducir entre seis y diez horas, rellenar unas quince páginas de formularios y malgastar 400 euros del dinero de los contribuyentes.¹

Esta descripción podría sonar al clásico ejemplo sobre la ridícula burocracia militar que Joseph Heller hizo famosa en su novela de 1961 *Trampa 22* si no fuera por un punto clave: casi nadie de este ejemplo trabaja en realidad para el ejército; técnicamente, casi todos forman parte del sector privado. Hubo un tiempo, por supuesto, en el que cada ejército nacional tenía sus propios departamentos de comunicaciones, logística y personal, pero hoy en día todo tiene que hacerse utilizando múltiples niveles de subcontratación con empresas privadas.

El trabajo de Kurt puede contemplarse como un ejemplo paradigmático de trabajo de mierda por una sencilla razón: si se eliminase ese empleo, no pasaría absolutamente nada; de hecho, lo más probable es que las cosas mejorasen, ya que las bases militares alemanas tendrían que encontrar una forma más razonable de trasladar sus equipos. Y lo más significativo es que no solo el trabajo de Kurt es un trabajo de mierda, sino que el propio Kurt es perfectamente consciente de ello. (En el blog en el que publicó esta descripción acabó defendiendo que su trabajo era inútil frente a tres entusiastas del libre mercado que aparecieron al instante —como suelen hacerlo los entusiastas del libre mercado en los foros de internet— insistiendo en que, dado que su trabajo

había sido creado por el sector privado, por definición tenía que servir a un propósito legítimo.)

En mi opinión, esta es una característica muy clara de un trabajo de mierda: es tan inútil que incluso la persona que tiene que efectuarlo todos los días es incapaz de convencerse de que existe una buena razón para hacerlo. Puede que no se atreva a admitirlo ante sus compañeros —a menudo hay buenos motivos para no hacerlo—, pero aun así está convencido de ello.

Así pues, tomemos esta característica para realizar una primera definición provisional:

DEFINICIÓN PROVISIONAL 1: Un trabajo de mierda es una forma de empleo tan carente de sentido, tan innecesaria o tan perniciosa que ni siquiera el propio trabajador es capaz de justificar su existencia.

Algunos de estos trabajos tienen tan poco sentido que nadie se da cuenta de si la persona que lo efectúa desaparece. Esto suele pasar con frecuencia en la administración pública:

FUNCIONARIO ESPAÑOL FALTA AL TRABAJO DURANTE SEIS AÑOS
PARA ESTUDIAR A SPINOZA

Jewish Times

26 de febrero de 2016

Un funcionario español, que recibió su salario durante al menos seis años sin trabajar, utilizó ese tiempo para convertirse en un experto en los escritos del filósofo judío Baruch Spinoza, según informaron algunos medios de comunicación españoles.

La página web euronews.com publicó la semana pasada que un tribunal de Cádiz, en el sur de España, había dictaminado que Joaquín García, de 69 años, tenía que pagar una multa de 30.000 euros por faltar durante seis años a su trabajo en las instalaciones hidráulicas Aguas de Cádiz, donde estaba empleado como ingeniero desde 1996.

Su ausencia fue descubierta en 2010, cuando García fue propuesto para recibir una medalla por la larga duración de sus ser-

vicios. El teniente de alcalde Jorge Blas Fernández comenzó una investigación que lo llevó a descubrir que García no había ido al despacho durante seis años.

Fuentes anónimas del periódico *El Mundo* afirman que durante sus años de ausencia se dedicó a estudiar los escritos de Spinoza, el filósofo judío hereje que vivió en Ámsterdam durante el siglo XVII. Una de estas fuentes corroboró que García se había convertido en un experto en Spinoza, pero negó que no acudiese nunca al trabajo, pues sostenía que sí acudía de vez en cuando.²

Los periódicos españoles dieron mucha importancia a esta noticia. En un momento en el que el país estaba padeciendo un severo periodo de austeridad y elevado desempleo, resultaba intolerable que hubiese empleados públicos que pudiesen faltar al trabajo durante años sin que nadie se percatase de ello. La defensa de García, sin embargo, no carecía de fundamento. Explicó que, aunque durante años se había esforzado para realizar correctamente su trabajo de control de la planta de tratamiento de aguas de la ciudad, la instalación acabó pasando a manos de unos dirigentes que le odiaban por sus ideas socialistas y que se negaban a asignarle responsabilidades, por lo que se encontró en una situación tan desmoralizadora que se vio obligado a buscar ayuda médica por depresión; finalmente, por consejo de su terapeuta, decidió que, en lugar de pasarse todo el día sentado fingiendo estar ocupado, era preferible lograr que el responsable de la instalación aceptase que su trabajo lo supervisaba el ayuntamiento, y a la inversa —que el ayuntamiento reconociera que su trabajo lo supervisaba el responsable de la instalación—, de modo que se presentaba en su puesto de trabajo únicamente si había algún problema y se quedaba en casa el resto del tiempo para hacer algo útil con su vida.³

De vez en cuando aparecen casos similares relacionados con el sector público. Uno popular es el de unos carteros que, en lugar de repartir el correo, decidieron esconderlo en armarios, cobertizos o incluso tirarlo a contenedores de

basura, y el resultado fue que se perdieron montones de cartas y paquetes durante años sin que nadie se diera cuenta.⁴ La novela de David Foster Wallace *El rey pálido*, sobre la vida en la sucursal del Internal Revenue Service* en Peoria, Illinois, va aún más allá, pues describe cómo un auditor muere en su puesto de trabajo y, como se queda erguido sentado en su silla, nadie se percata hasta pasados varios días. Puede que esto parezca una caricatura absurda, pero en 2002 ocurrió algo casi idéntico en Helsinki. Un auditor fiscal finlandés permaneció muerto en su despacho durante más de 48 horas mientras treinta colegas iban y venían a su alrededor sin notar nada raro. «La gente creyó que deseaba trabajar tranquilo y nadie quiso molestarle», comentó su supervisor, lo cual, pensándolo bien, es bastante considerado.⁵

Por supuesto, son historias como estas las que llevan a políticos de todo el mundo a pedir una mayor participación del sector privado, donde, según se afirma, estos abusos no ocurrirían. Y aunque es cierto que hasta el momento no hemos tenido noticia de empleados de FedEx o UPS que almacenen paquetes en sus cobertizos, la privatización también genera su propia variedad de locuras, a menudo mucho menos refinadas, tal y como demuestra el caso de Kurt. No necesito recalcar la ironía de que Kurt trabajara en última instancia para el ejército alemán, el cual ha sido acusado de muchas cosas a lo largo de los años, pero muy pocas veces de ineficiencia. Aun así, cuando sube la marea, afecta a todos los barcos. Ya bien entrado el siglo XXI, incluso las divisiones Panzer se han visto envueltas en una vasta maraña de sub-, sub-sub- y sub-sub-subcontratas; los comandantes de los tanques se ven obligados a llevar a cabo complejos y exóticos rituales burocráticos para poder trasladar un equipo de una habitación a otra, y ello a pesar

* El IRS es un organismo dependiente del gobierno de Estados Unidos que se encarga de recaudar los impuestos a nivel federal. En España equivaldría a la Agencia Tributaria del Ministerio de Hacienda. (*N. del t.*)

de que los que se encargan del papeleo publican en secreto elaboradas protestas en blogs quejándose de lo estúpido que es todo el proceso.

Si nos basamos en estos casos, la principal diferencia entre el sector público y el privado no radica en que sea más o menos probable que cada uno de ellos genere trabajo inútil, ni siquiera en la clase de trabajo inútil que cada uno tiende a generar. No, la principal diferencia es que, en el sector privado, es más probable que el trabajo inútil esté mucho más supervisado. Es cierto que no siempre es así. Como veremos, el número de empleados de bancos, compañías farmacéuticas y empresas de ingeniería que pueden pasar la mayor parte del tiempo actualizando sus perfiles de Facebook es sorprendentemente elevado. Sin embargo, en el sector privado hay límites: si Kurt dejase de ir a su trabajo para estudiar la obra de su filósofo judío favorito del siglo xvii, no tardaría mucho en ser despedido. Si el depósito de aguas de Cádiz hubiese sido privatizado, es posible que a Joaquín García le hubiesen privado de sus responsabilidades por no ser del agrado del nuevo equipo responsable, pero incluso así tendría que haberse sentado en su mesa y fingir que trabajaba, o hubiera tenido que buscarse otro empleo.

Que los lectores decidan por sí mismos si tal cosa hubiese supuesto una mejora.

POR QUÉ UN SICARIO DE LA MAFIA NO ES UN BUEN EJEMPLO DE TRABAJO DE MIERDA

Recapitulando: lo que yo llamo «trabajos de mierda» son aquellos que están compuestos por tareas que la propia persona encargada de llevarlas a cabo considera carentes de sentido, innecesarias o incluso perniciosas; trabajos que podrían desaparecer sin que nadie notara la más mínima diferencia; y, sobre todo, son esos que los propios trabajadores piensan que no deberían existir.

El capitalismo contemporáneo parece estar plagado de este tipo de trabajos. Como mencioné en el prefacio, una encuesta de YouGov mostró que en el Reino Unido tan solo el 50 por ciento de los empleados a tiempo completo estaban convencidos de que su trabajo aportaba algún tipo de contribución significativa al mundo, y el 37 por ciento estaban seguros de que no la ofrecía. Y otra encuesta realizada en Holanda por la empresa Schouten & Nelissen elevaba esa última cifra hasta el 40 por ciento.⁶ Pensándolo bien, estas estadísticas son abrumadoras. Después de todo, un porcentaje muy elevado de los trabajos incluye tareas que nadie podría juzgar inútiles. Doy por sentado que el porcentaje de personas que contestaron «no» a la pregunta «¿aporta su trabajo algo significativo al mundo?» fue de aproximadamente cero entre los profesionales de enfermería, conductores de autobús, dentistas, barrenderos, granjeros, profesores de música, técnicos de reparación, jardineros, bomberos, escenógrafos, fontaneros, periodistas, inspectores de seguridad laboral, músicos, sastres y guardias de cruce escolares. Mi propia investigación también muestra que muy pocos de los dependientes, camareros y otros proveedores de servicios consideran tener trabajos sin sentido. Muchos trabajadores del sector servicios odian su trabajo, pero incluso estos son conscientes de que lo que hacen aporta algo significativo al mundo.⁷

Así pues, si entre el 37 y el 40 por ciento de la fuerza laboral de un país insiste en que su trabajo no aporta nada en absoluto a la sociedad y otra parte importante presiente que puede no hacerlo, la única conclusión posible es que si sospechamos que un trabajador de oficina cree tener un trabajo absurdo es porque ciertamente lo tiene.

En este primer capítulo mi principal objetivo es definir qué entiendo por trabajos de mierda, y en el siguiente, ofrecer una lista de las que, en mi opinión, son las principales variedades de estos trabajos. De esta forma, en los capítulos siguientes

podré explorar cómo surgen, por qué se han extendido tanto y cuáles son sus efectos sociales, psicológicos y políticos, pues estoy convencido de que tales efectos son profundamente dañinos. Hemos creado sociedades en las que gran parte de la población, atrapada en empleos inútiles, ha llegado a odiar y despreciar por igual a aquellos que realizan los trabajos más útiles de la sociedad y a aquellos que no tienen ningún trabajo remunerado. Dicho esto, antes de poder analizar esta situación, es necesario abordar algunas posibles objeciones.

Es posible que el lector haya notado cierta ambigüedad en mi definición inicial, pues describo los trabajos de mierda como aquellos que incluyen tareas que el propio trabajador considera «carentes de sentido, innecesarias o incluso perniciosas», aunque está claro que los trabajos que no tienen ningún efecto significativo sobre el mundo y los trabajos que tienen efectos perniciosos sobre el mundo no son lo mismo en absoluto. La mayoría de nosotros estamos de acuerdo en que un sicario de la mafia hace más daño que bien al mundo, pero ¿realmente es un trabajo de mierda? De alguna manera esto último no nos parece del todo correcto.

Como nos enseña Sócrates, cuando esto ocurre —cuando nuestras propias definiciones nos resultan intuitivamente erróneas— es porque no somos conscientes de lo que en realidad pensamos. (Por tanto, sugiere que el verdadero papel de los filósofos es decir a la gente lo que ya sabe pero no se da cuenta de saber. Y se podría decir que los antropólogos como yo hacen algo similar.) De alguna forma, la expresión «trabajos de mierda» tiene sentido para mucha gente, lo que significa que, al menos a un nivel intuitivo y tácito, dispone de unos criterios en mente que le permiten afirmar «ese era un trabajo de mierda», o «aquel era un trabajo malo, pero no diría exactamente que era un trabajo de mierda». Muchas personas con trabajos perniciosos piensan que la frase se adapta muy bien a lo que hacen, y otros claramente no lo

sienten así. La mejor forma de intentar averiguar cuáles son esos criterios es examinar los casos más extremos.

Entonces, ¿por qué nos chirría decir que un sicario tiene un trabajo de mierda?⁸

Sospecho que existen múltiples razones, pero una de las principales es que es poco probable que el sicario de la mafia (a diferencia de, por ejemplo, un especulador de divisas o un investigador de marketing) afirme ser lo que no es. Es cierto que un mafioso tenderá a decir que solo es un «hombre de negocios», pero, siempre que esté dispuesto a reconocer la verdadera naturaleza de su ocupación, no tendrá muchos problemas en decir qué es lo que hace. Es muy improbable que finja que su trabajo es en cierto modo beneficioso para la sociedad, o que insista en que contribuye al éxito de un grupo que proporciona un producto o servicio útil (drogas, prostitución, etc.), pero, si lo hace, será pura fachada.

Esto nos permite refinar nuestra definición. Los trabajos de mierda no son solo aquellos que son inútiles o perniciosos, sino que tiene que existir también un cierto grado de fingimiento o fraude. El trabajador debe sentirse obligado a simular que, en realidad, hay una buena razón para que el trabajo exista, aunque en privado no se lo crea realmente. Tiene que haber una especie de brecha entre apariencia y realidad, un cierto grado de deshonestidad.⁹

Así pues, hagamos un segundo intento:

DEFINICIÓN PROVISIONAL 2: Un trabajo de mierda es una forma de empleo tan carente de sentido, tan innecesaria o tan perniciosa que ni siquiera el propio trabajador es capaz de justificar su existencia, si bien se siente obligado a fingir que no es así.

Por supuesto, hay otra razón por la que el trabajo de sicario no debería considerarse un trabajo de mierda, y es que el propio sicario no está convencido de que su trabajo no debería existir. La mayoría de los mafiosos creen formar parte de una antigua y honorable tradición que para ellos es un valor

en sí mismo, independientemente de que contribuya o no al bien común. Esta es, por cierto, la misma razón por la cual el de «señor feudal» tampoco es un trabajo de mierda. Podría decirse que reyes, condes, emperadores, pachás, emires, marajás, hacendados, terratenientes y similares son personas inútiles; de hecho, muchos insistirían (y yo tiendo a estar de acuerdo con ellos) en que incluso juegan un papel pernicioso cuando intervienen en las relaciones humanas. Sin embargo, ellos no opinan lo mismo; así que, a menos que un rey sea un marxista encubierto o un republicano infiltrado, puede decirse con seguridad que el de rey no es un trabajo de mierda.

Es importante tener esto en mente, ya que la mayoría de la gente que causa mucho daño al mundo está protegida contra la conciencia de hacerlo. O se permiten creer a la interminable concreción de lacayos y sumisos que inevitablemente los rodean para inventarles razones por las cuales lo que en realidad están haciendo es el bien. (En la actualidad, algunos de estos grupos se conocen como comités de expertos.) Exactamente lo mismo ocurre con los consejeros delegados de los bancos de inversión financiera, en gran parte especulativa, así como con los líderes militares de países como Corea del Norte y Azerbaiyán. Puede que las familias mafiosas sean un caso poco común porque tienen pocas pretensiones de este tipo, pero en última instancia no son más que versiones ilícitas y en miniatura de la misma tradición feudal: en un principio fueron asesinos a sueldo de los propietarios locales en Sicilia que con el tiempo empezaron a operar por su cuenta.¹⁰

Existe una última razón por la que el trabajo de sicario no puede ser considerado un trabajo de mierda, y es que, para empezar, no está muy claro que sea un «trabajo». Es cierto que los sicarios pueden estar a sueldo de un jefe criminal cumpliendo alguna función, por ejemplo, fingiendo ser vigilantes de seguridad de su casino; en tal caso, podría decirse que ese trabajo sí es un trabajo de mierda, pero como sicario no recibe paga alguna.

Este aspecto nos permite refinar aún más nuestra definición. Cuando la gente habla de trabajos de mierda se suele referir a empleos por cuenta ajena por los que el trabajador recibe un pago en forma de sueldo o salario (muchos incluirían también las asesorías remuneradas). Como es obvio, existen muchas personas autoempleadas que se las arreglan para obtener dinero de los demás aparentando ofrecer un beneficio o prestar un servicio (por lo general se las llama estafadores, timadores, charlatanes o impostores), al igual que existen personas autoempleadas que obtienen dinero de los demás haciéndoles daño o amenazando con hacérselo (habitualmente llamadas atracadores, rateros, extorsionadores o ladrones). En el primer caso, al menos podemos hablar de fingimiento, pero nunca de trabajo, ya que no son «trabajos» propiamente dichos; una estafa es un acto criminal, no una tarea profesional, y lo mismo ocurre con un atraco a un banco. La gente habla a veces de los ladrones profesionales, pero es solo una forma de decir que el robo es la principal fuente de ingresos del ladrón,¹¹ ya que nadie le paga un sueldo o un salario por, por ejemplo, entrar a robar en las casas; por ello, tampoco se puede decir que el hecho de ser ladrón sea un trabajo.¹²

Estas consideraciones nos permiten formular la que pienso que puede servir como definición final:

DEFINICIÓN OPERATIVA FINAL: Un trabajo de mierda es empleo tan carente de sentido, tan innecesario o tan pernicioso que ni siquiera el propio trabajador es capaz de justificar su existencia, a pesar de que, como parte de las condiciones de empleo, dicho trabajador se siente obligado fingir que no es así.

**SOBRE LA IMPORTANCIA DEL ELEMENTO SUBJETIVO
Y TAMBIÉN SOBRE POR QUÉ PUEDE ASUMIRSE QUE LOS QUE CREEN
QUE TIENEN UN TRABAJO DE MIERDA SUELEN TENER RAZÓN**

Esta es, en mi opinión, una definición útil, o al menos lo bastante buena para el objetivo de este libro.

Puede que el lector atento haya percibido una última ambigüedad. La definición es eminentemente subjetiva, pues defino el trabajo de mierda como aquel que el propio trabajador considera carente de sentido, innecesario y pernicioso, pero también doy a entender que el trabajador está en lo cierto.¹³ Doy por supuesto que existe una realidad subyacente, pues de otro modo podríamos encontrarnos con que el mismo trabajo podría ser de mierda un día y no de mierda el día siguiente, en función de los caprichos del voluble estado de ánimo del trabajador. Lo que quiero decir es que las cosas tienen un valor social, distinto del simple valor de mercado, pero que, como nadie ha encontrado todavía una forma adecuada de medirlo, no queda más remedio que utilizar la percepción del propio trabajador, que es lo más parecido que tenemos a una evaluación precisa de la situación.¹⁴

A menudo resulta obvio por qué es así: si un oficinista pasa el 80 por ciento de su tiempo diseñando memes de gatitos, puede que sus compañeros del cubículo de al lado sean conscientes de ello o que no lo sean, pero es imposible que el propio trabajador se haga falsas ilusiones sobre lo que está haciendo. Pero incluso en situaciones más complejas, en aquellas en las que se trata de determinar cuál es la contribución exacta del trabajador a la organización, creo que se puede afirmar con bastante seguridad que el trabajador sabe la verdad. Soy consciente de que esta idea puede resultar controvertida en ciertos sectores. Los ejecutivos y otros peces gordos, por ejemplo, suelen insistir en que la mayoría de las personas que trabajan para una gran empresa no pueden valorar las contribuciones que realizan en su justa medida, ya que el panorama solo se puede ver desde la cima. No digo que esto siempre sea falso: a menudo existen partes del contexto general que los trabajadores de bajo nivel no pueden ver, o que sencillamente nadie les ha revelado, en especial si la empresa está involucrada en algún tipo de actividad ilícita.¹⁵ Sin embargo, mi experiencia es que, normalmente, cualquier subalterno que trabaja para la misma empresa du-

rante un periodo de tiempo considerable —digamos un año o dos— tarde o temprano es llevado aparte y se le explican los secretos de la compañía.

Es cierto que hay excepciones. A veces los gerentes fraccionan de manera intencionada las tareas de forma que los trabajadores no son capaces de entender cómo contribuyen sus esfuerzos a los objetivos de la empresa. Los bancos, por ejemplo, hacen esto con frecuencia. Incluso he tenido noticia de que en algunas fábricas en Estados Unidos los trabajadores de la cadena de montaje no sabían qué es lo que se fabricaba exactamente, aunque en tales casos casi siempre era así porque los propietarios habían contratado de forma intencionada a trabajadores que no hablaban inglés. Bien es verdad que en estos casos los trabajadores tienden a asumir que sus trabajos son útiles, aunque no sepan precisamente cómo. En líneas generales, pienso que los empleados suelen saber qué está pasando en una oficina o en una planta de producción, y en qué contribuye su trabajo a la empresa y en qué no, si no a la perfección, al menos mejor que cualquier otro.¹⁶ Con los jefes ya no está tan claro. Un punto recurrente que he encontrado en mi investigación es que los subalternos se suelen preguntar: «¿Sabe mi supervisor que me paso el 80 por ciento del tiempo haciendo memes de gatos? ¿Finge que no se da cuenta o en realidad lo desconoce?». Y cuanto más se asciende en la cadena de mando, mayores son las razones para ocultar cosas y más empeora la situación.

El verdadero problema surge cuando se trata de determinar si ciertos tipos de trabajo (por ejemplo, publicidad a distancia, investigación de mercado o asesoría) son inútiles, es decir, si se puede afirmar o no que producen algún tipo de valor social positivo. En este caso, todo lo que puedo decir es que lo mejor es dejar que sean los propios trabajadores los que juzguen, ya que, después de todo, el valor social depende fundamentalmente de la opinión de la gente, y ellos suelen ser los mejor situados para opinar.

Por tanto, puede afirmarse que si aquellos que llevan a cabo una tarea determinada creen en secreto que su trabajo carece de valor social, en general deberíamos aceptar que están en lo cierto.¹⁷

Los rigoristas seguramente seguirán planteando objeciones. Es posible que pregunten: ¿cómo se puede saber con seguridad lo que piensan en secreto la mayoría de las personas que trabajan en una industria? Y la respuesta es que, como es obvio, no se puede.

Aunque se pudiese realizar una encuesta entre miembros de grupos de presión o asesores financieros, no se puede saber cuántos de ellos responderían sinceramente. Cuando en el artículo que dio origen a este libro hablaba a grandes rasgos de las industrias inútiles, lo hacía dando por sentado que los miembros de los grupos de presión y los asesores financieros son muy conscientes de la inutilidad de su propio trabajo; de hecho, pienso que a muchos de ellos, por no decir a todos, les atormenta la idea de que, si sus trabajos desapareciesen, el mundo no perdería nada de valor.

Puedo estar en un error. Es posible que los miembros de un grupo de presión corporativo o los asesores financieros de una empresa estén genuinamente convencidos de que su trabajo es esencial para la salud y la prosperidad del país. Y es posible, por tanto, que duerman profundamente por las noches, seguros de que su trabajo es una bendición para todos los que los rodean. No tengo forma de saberlo con seguridad, pero sospecho que la probabilidad de que esto sea cierto aumenta conforme se asciende en la cadena de mando, ya que se suele dar el caso de que, cuanto mayor es el daño que puede causar al mundo un estrato de poder, mayor es también el número de lacayos y propagandistas que se acumulan a su alrededor y que les obsequian con argumentos que les convencen de que están haciendo el bien, y mayor es, por tanto, la probabilidad de que al menos parte de esos poderosos se lo crea.¹⁸ Los grupos de presión corporativos y los asesores financieros parecen ser responsables

de un porcentaje desproporcionadamente elevado del daño causado en el mundo (al menos, del daño producido por el desarrollo de las obligaciones profesionales); puede que, en realidad, sí tengan que forzarse a creer en lo que hacen.

En tal caso, los trabajos en las finanzas y en los grupos de presión no deberían considerarse trabajos de mierda, pues se podrían asimilar al de los sicarios. En el nivel más alto de poder, eso parece ser lo que ocurre. En el artículo de 2013, por ejemplo, comentaba que nunca había conocido a un solo abogado corporativo que no pensase que su trabajo era absurdo. Por supuesto, esto puede deberse a la clase de abogados corporativos que es más probable que yo conozca: aquellos que antes fueron poetas y músicos, y, lo que es más significativo, aquellos que no tienen una posición social muy elevada. Me da la impresión de que los abogados corporativos realmente poderosos sí piensan que su aportación es del todo legítima. O puede que simplemente les de igual si hacen el bien o provocan daños.

En lo más alto de la cadena trófica financiera, sin duda este es el caso. En abril de 2013, por una extraña coincidencia, tuve la oportunidad de estar presente en una conferencia titulada «Arreglando el sistema bancario de una vez por todas», que tuvo lugar en la sede de la Reserva Federal en Filadelfia, y en la que Jeffrey Sachs, el economista de la Universidad de Columbia conocido por haber diseñado las reformas de «terapia de choque» aplicadas en la antigua Unión Soviética, intervino en directo por videoconferencia y asombró a todos los presentes ofreciendo lo que, en términos de los periodistas con mayor tacto, fue una evaluación «inusualmente sincera» de los altos cargos de las instituciones financieras de Estados Unidos. El testimonio de Sachs es especialmente valioso porque, como él mismo destacó en varias ocasiones, muchas de estas personas no le solían ocultar gran cosa porque daban por supuesto (no del todo sin razón) que estaba de su lado:

Verán, últimamente me reúno con mucha gente de Wall Street con regularidad [...] Los conozco bien. Como con ellos. Y voy a ser muy franco: considero que el entorno ético en el que se mueven es patológico. [Estas personas] no cumplen sus obligaciones fiscales, no responden ante sus clientes y no tienen ninguna responsabilidad ante sus contrapartes en las transacciones. Son insensibles, avariciosos, agresivos, se sienten absolutamente fuera de control, en el sentido más literal de la expresión, y han amañado el sistema en gran medida. Creen realmente que tienen el derecho divino a apropiarse de todo el dinero que puedan de la forma que sea, legal o no.

Si se echa un vistazo a las contribuciones económicas a las campañas electorales, cosa que casualmente yo hice ayer mismo por otro motivo, se puede comprobar que los mercados financieros son el principal contribuyente electoral en Estados Unidos. Tenemos un sistema político corrupto hasta la médula [...] Ambos partidos están metidos hasta el cuello en esto.

Todo ello ha producido una sensación de impunidad absolutamente pasmosa, que se puede percibir a nivel individual. Y es algo muy, muy insano. He esperado cuatro años [...] cinco años ahora para ver a un representante de Wall Street utilizar un discurso basado en la ética. Y no he visto ni uno.¹⁹

Ahí lo tienen. Si Sachs estaba en lo cierto —y, sinceramente, ¿quién está mejor situado para saber?—, entonces no podemos considerar que los puestos cumbre del sistema financiero sean trabajos de mierda. Ni siquiera se trata de personas que se han creído lo que les cuentan sus propios propagandistas. En realidad estamos hablando de un atajo de maleantes.

Otra distinción importante a tener en cuenta es la existente entre trabajos inútiles y trabajos simplemente malos.* En adelante, me referiré siempre a estos últimos como *tra-*

* El autor diferencia aquí los trabajos carentes de sentido, innecesarios o perniciosos (*bullshit jobs*), traducidos como «trabajos de mierda», de los trabajos útiles y necesarios pero ingratos y/o desagradables (*shit jobs*), traducidos como «trabajos basura». (*N. del t.*)

bajos basura, que es uno de los términos que suele utilizar la gente para referirse a ellos.

La única razón por la que saco este asunto a colación es porque a menudo se confunden ambos tipos de trabajo, lo cual es extraño, porque no se parecen en nada. De hecho, se podría decir que son opuestos: los que yo llamo *trabajos de mierda* son trabajos inútiles, pero suelen estar muy bien pagados y tienden a proporcionar excelentes condiciones de trabajo; los llamados *trabajos basura*, por el contrario, no son trabajos de mierda en absoluto: por lo general implican tareas necesarias y que claramente benefician a la sociedad, pero los trabajadores que las realizan suelen ser maltratados y estar mal pagados.

Algunos trabajos, por supuesto, a pesar de ser intrínsecamente desagradables, pueden ser muy gratificantes. (Hay un viejo chiste que habla de un empleado de un circo cuyo trabajo era limpiar los excrementos de los elefantes después de cada función. Hiciera lo que hiciera, no podía eliminar el mal olor que siempre le acompañaba: se cambiaba de ropa, se lavaba el pelo y se frotaba una y otra vez, pero continuaba apestando y las mujeres ni siquiera querían acercarse a él. Finalmente, un día un amigo le preguntó: «¿Por qué te haces esto? Hay tantos otros trabajos que podrías hacer...», a lo que el hombre respondió: «¿Qué? ¿Y dejar el mundo del espectáculo?».) Esta clase de trabajos no pueden considerarse ni de mierda ni basura, sean cuales sean las tareas inherentes. Otros trabajos —la limpieza cotidiana, por ejemplo— no son degradantes en sí mismos, pero se suele conseguir que lo sean con cierta facilidad.

A los encargados de la limpieza de la universidad donde trabajo, por ejemplo, se les trata muy mal. Como se hace en la mayoría de las universidades actualmente, su trabajo ha sido subcontratado: no son empleados directos de la universidad sino de una empresa de limpieza, cuyo nombre está siempre bien visible en los uniformes púrpura que tienen que llevar. Se les paga poco, se les obliga a trabajar con sus-

tancias químicas peligrosas que a menudo dañan sus manos, o si no se ven forzados a darse de baja para recuperarse (sin compensarles por ello), y en general se les trata con arbitrariedad y escaso respeto. No existe razón alguna por la que estos limpiadores tengan que ser tratados de forma tan abusiva, pero al menos pueden estar orgullosos —y, de hecho, sé de primera mano que muchos lo están— de que su trabajo sea necesario: los edificios tienen que estar limpios, y, por tanto, sin ellos la actividad de la universidad no podría desarrollarse con normalidad.²⁰

Los trabajos basura suelen ser manuales y pagarse por horas, mientras que los trabajos de mierda suelen ser de oficina y recibir un salario mensual. Los que hacen trabajos basura tienden a ser objeto de humillaciones; no solo trabajan muy duro, sino que se les aprecia poco precisamente por eso; pero al menos saben que están haciendo algo útil. Los que hacen trabajos de mierda, por el contrario, suelen estar rodeados de reconocimiento y prestigio; son respetados como profesionales, están bien pagados y se les considera triunfadores, la clase de personas que pueden estar orgullosas de su labor. Sin embargo, en su fuero interno son conscientes de que en realidad no han logrado nada; piensan que no han hecho nada para merecer los juguetes con los que llenan sus vidas; sienten que todo se basa en una mentira, y así es.

Se trata de dos formas de opresión profundamente distintas. Desde luego, no es mi intención equipararlas; muy pocos de mis conocidos estarían dispuestos a cambiar un puesto de gerencia de nivel medio, por mucho que carezca de sentido, por un trabajo cavando zanjas, a pesar de saber que las zanjas tienen que ser cavadas. (Lo que sí conozco es a personas que han dejado puestos de responsabilidad como estos para trabajar en el sector de la limpieza, y están muy contentos con su decisión.) Lo que pretendo es hacer hincapié en el hecho de que cada una de estas dos formas de trabajo es opresiva a su modo.²¹

Además, es teóricamente posible que un trabajo sea a la vez de mierda y basura. En mi opinión, cabría decir que si uno intenta imaginarse el peor trabajo que podría tener, este debería ser una combinación de ambos tipos de trabajo. En una ocasión, durante su exilio forzado en un campo de concentración siberiano, Dostoievski desarrolló la teoría de que la peor tortura que se podría diseñar sería obligar a alguien a efectuar a perpetuidad una tarea claramente inútil. Aunque los convictos enviados a Siberia en teoría tenían que hacer «trabajos forzados», observó que en realidad estos no eran tan penosos; muchos campesinos, por ejemplo, trabajaban mucho más duro. Ahora bien, los campesinos realizaban tareas que les beneficiaban directamente, al menos en parte, mientras que, en los campos de concentración, la dureza de la labor residía en que el trabajador no recibía nada a cambio:

Se me ocurrió que, si se desease reducir a un hombre a la nada, castigarle de manera absolutamente atroz, machacarle de tal forma que hasta el asesino más endurecido temblase de miedo ante la mera perspectiva, bastaría con dejarle muy claro que el trabajo que se le fuerza a realizar una y otra vez es inútil hasta el absurdo.

Los trabajos forzados, tal y como se llevan a cabo en la actualidad, no suelen tener interés alguno para el convicto, pero al menos son útiles: hacer ladrillos, cavar zanjas, construir, etc.; todas estas ocupaciones tienen un significado y un propósito, e incluso hay veces en las que el prisionero se interesa por lo que hace y se esfuerza por mejorar su habilidad. Sin embargo, si se le obligase a verter agua o arena de un recipiente a otro una y otra vez, o a mover un montón de tierra de un sitio a otro sin parar, estoy convencido de que al cabo de pocos días el prisionero optaría por colgarse o por cometer mil crímenes castigados con pena capital, prefiriendo morir antes que seguir sufriendo semejante humillación, vergüenza y tortura.²²

SOBRE LA IDEA EQUIVOCADA DE QUE LOS TRABAJOS DE MIERDA SE ENCUENTRAN SOBRE TODO EN EL SECTOR PÚBLICO

Hasta el momento hemos establecido tres amplias categorías de trabajos: la de trabajos útiles (que pueden ser o no trabajos basura), la de trabajos de mierda, y una pequeña pero peligrosa zona de penumbra compuesta por trabajos como el de gánster, explotador de inquilinos, abogado corporativo de alto nivel o consejero delegado de fondos de inversión, perfectos para malnacidos egoístas que no fingen ser otra cosa.²³ Con carácter general, pienso que es justo confiar en que quienes desempeñan tales trabajos son los que mejor saben a qué categoría pertenecen. Lo que me propongo hacer a continuación, antes de centrarme en las tipologías, es aclarar algunos conceptos erróneos muy comunes. Si se le habla de trabajos de mierda a alguien que nunca ha escuchado el término, esa persona puede entender que se le está hablando de trabajos basura. Por otro lado, si uno aclara el término, es probable que el interlocutor caiga en algún estereotipo: puede pensar que nos referimos a los burócratas del gobierno, o, si es admirador de Douglas Adams y su *Guía del autoestopista galáctico*, puede pensar que estamos hablando de los peluqueros.

Veamos primero a los burócratas, que son más fáciles de abordar. Dudo que haya gente que niegue que en el mundo existen demasiados burócratas inútiles, pero lo que me resulta más significativo es que hoy en día parece haber tantos burócratas inútiles en el sector privado como en el público. Es igual de probable encontrarse con un exasperante hombrecillo trajeado leyendo en voz alta reglas y normas incomprendibles tanto en un banco o en una tienda de teléfonos móviles como en una oficina de pasaportes o de planificación urbanística. Y, lo que es más importante, las burocracias públicas y privadas se han mezclado tanto que a menudo es muy difícil distinguirlas. Esta es una de las razones por las que decidí empezar este capítulo como lo hice, describiendo

el caso de un hombre que trabaja para una empresa privada subcontratada por el ejército alemán: no solo ponía de manifiesto que es un error dar por supuesto que los trabajos de mierda existen sobre todo en las burocracias gubernamentales, sino que también ilustraba el hecho de que las «reformas de mercado» casi siempre acaban creando aún más burocracia, no menos.²⁴ Tal y como señalé en mi libro anterior, *La utopía de las normas*, si uno se queja de las trabas burocráticas de su banco, los empleados suelen excusarse diciendo que todo es culpa de las normas del gobierno; pero, si se investiga el origen real de tales normas, es probable que se descubra que la mayoría de ellas fueron escritas por los propios bancos.

A pesar de ello, la idea de que el gobierno siempre tiene un exceso de normas de contratación y niveles innecesarios de jerarquía administrativa mientras que el sector privado está limpio de polvo y paja hoy en día está tan arraigada en la mentalidad de la gente que no parece haber prueba alguna que pueda arrancársela.

No cabe duda de que parte de este error proviene de los recuerdos que tenemos del funcionamiento de países como la Unión Soviética, donde la política de pleno empleo forzaba a crear empleos para todo el mundo, fuesen o no necesarios. Por ello, la URSS acabó teniendo tiendas en las que los clientes tenían que pasar por tres dependientes distintos para comprar una barra de pan, o equipos de obreros en los que en todo momento había un tercio trabajando y los dos restantes estaban bebiendo, jugando a las cartas o echando la siesta. Casos como estos se utilizan siempre como ejemplos de lo que nunca ocurriría en el mundo capitalista, pues lo último que haría una empresa privada que tiene que competir con otras empresas privadas sería contratar a gente que en realidad no necesita. Más bien al contrario, la queja habitual respecto al capitalismo es que es demasiado eficiente y que, en los lugares de trabajo privados, los empleados son presionados constantemente con incrementos de productividad, cuotas y vigilancia.